

CENTENARIO DEL NATALICIO DEL DR. EMILIO MARTINEZ
Y MARTINEZ

Según se ha dicho repetidas veces y en diversas formas por críticos e historiógrafos, una biografía tiene por objeto, primordialmente, poner en claro un carácter.

Mas no toda figura biografiada —ni aun de las llamadas estelares en la Humanidad— ha sido ciertamente lo que por «un carácter» entendemos. Algunas no brillaron por sus méritos ínsitos, ni se ofrecieron a los ojos de la posteridad en el firmamento de la Historia con las dimensiones y el fulgor correspondientes a su magnitud, sino que fueron aureoladas o aparentemente encendidas por reflejos del ambiente, y engrandecidas o aumentado su brillo y su tamaño —en ilusión óptica— por la luz de las circunstancias.

De ahí, que muchas biografías, pese a la minuciosidad del *curriculum vitae* —pródigo en detalles sobresalientes y en ecos altisonantes— y a la capacidad y excelencia del biógrafo, redúcense a una loa almibarada y desvaída de un superhombre de arteificio, nimbado de un repertorio de virtudes, carente de humanidad medular, con trazos regulares y simétricos de viñeta decorativa, y colorinescas pinceladas de marioneta o muñecón de feria.

Otras biografías, si bien fieles y ajustadas a la realidad por tratarse de personajes de notable relieve ocasional y poderosa pero limitada influencia a tan sólo la época inmediata y reciente en que vivieron, no pasaron de efímeros panegíricos, pues que los biografiados, de fugaz radiancia, estarían comprendidos en el apotegma de Balmes: «Dejad pasar doscientos años y veremos qué queda».

Por el contrario, hay hombres y mujeres, en todos los tiempos y en todos los ámbitos de la Humanidad, cuya trayectoria, como su retrato, acaso no han sido descritos o trazados por nadie, o quizás por un mediocre o indocumentado coetáneo en mal pergeñadas e inconexas referencias que

no logran unidad de biografía, pero que, sin embargo, habrán de permanecer con perennidad y nitidez indeleble.

Ocurre tal como con la pintura de retratos y momentos que han pasado a la Historia: Ora se trata de personajes y hechos de relativamente escasa o ninguna relevancia, pero retratados por un gran artista que inmortalizó a la de otro modo ignorada figura o trivial acontecimiento; o bien es tal la preeminencia del retratado o del suceso, que aun dudando de la veracidad o fidelidad representativa de la obra pictórica, y pese a los exiguos méritos del pincel —a veces anónimo— o a la pobre calidad del lienzo en cuestión, queda el cuadro como único vivo testimonio de la efigie ilustre o la ocasión famosa.

En aquellos casos en que lo que cuenta es la significación real del biografiado, aunque haya deficiencias en la biografía, al punto se advierte al través de éstas que estamos, no obstante, en presencia de un carácter.

Del Dr. Emilio Martínez y Martínez se han hecho notables estudios biográficos. Quizá se escriban algunos más en el decursar del tiempo. Pero aunque no se adentrase nadie en el estudio de su personalidad vigorosa, de acusadas aristas y monolítica estructura, fuerza sería que las generaciones venideras vislumbraran su vida a través de la contemplación de su obra útil a la colectividad y realizada con textura de eficacia trascendente, junto a la sencillez y la naturalidad —sin alharacas ni espectacularidades— de la genuina modestia.

Cuanto llevamos dicho y agreguemos acerca de nuestros puntos de vista y convicciones sobre las biografías en general, nos pareció necesario y obligado al intentar ésta del Dr. Emilio Martínez y Martínez, pues no tenemos ni hemos tenido nunca aptitud ni vocación de biógrafos.

Entendemos que se ha abusado de las biografías y que existe excesiva profusión de ellas. Y no compartimos en manera alguna la aseveración de Thomas Carlyle en cuanto a que «la historia de la Humanidad es la suma de las biografías de sus grandes hombres».

No por esto desdeñamos el estudio de las vidas prominentes; y tenemos la certeza de que son tan dignas de la biografía como grande es el beneficio colectivo que de su conocimiento y difusión se obtiene.

Pero insistamos en que, cualquiera que sea el substratum de las ideas filosóficas que prevalezca, —excluidos el determinismo fatalista de tipo islámico o similar y el casualismo que supone los acaecimientos ocurrentes de modo fortuito y caprichoso—, ya fuere la creencia en el providencialismo teísta del dogma cristiano y otros credos religiosos, o ya sea la concepción materialista de la Historia; llámense a las leyes que rigen el devenir: ora

inmanencia y causas segundas, o materialismo dialéctico, es forzoso admitir que hay factores fundamentales poderosos, ajenos a la actitud volitiva de un hombre y sus ideas, que son primordiales como determinantes, y bullen en la entraña de los pueblos, marcando los derroteros del acontecer.

No quiere esto decir —y perdónesenos la alongada digresión— que las figuras ilustres, los héroes, los líderes, ya pensadores u hombres de acción, no **influyan** también con su «virtú» o sus hechos en el ritmo del rumbo histórico. Pero nunca como causas únicas o elementos decisivos absolutos en la marcha y la índole de los sucesos. Tales hombres aceleran o frenan el proceso, en las circunstancias propicias y específicas en que surgen, pero actúan sobre un móvil de fondo, principal o base — para nosotros, como para muchos, el desarrollo económico de la sociedad— de fuerza máxima e inexorable.

Y si útiles son a la colectividad tales hombres, destacados por su acción oportuna y por sus proyecciones señeras; no sólo son útiles sino necesarios también, el estudio atento y exhaustivo de sus vidas admirables y —repetimos— la divulgación amplia de sus biografías. Más aún: son imprescindibles para el bien de la sociedad futura; pues sus itinerarios ejemplares serán seguidos por otros, con logros semejantes y rendimiento eficaz en las sucesivas generaciones.

Así pues, con tales biografías de hombres como el Dr. Emilio Martínez; además de rendir merecido homenaje a su memoria y de cumplir la misión de ejemplaridad ofreciéndolas como dechado a la juventud en todo tiempo, se manifiesta también un motivo de justificado orgullo, de legítima satisfacción por saber que fueron nacidos en nuestra tierra; o más bien de gratitud patriótica para con ellos, porque encarnan lo que los ingleses llaman THE REDEEMING FEATURE, a que hizo referencia González Lanuza en su enjundioso discurso de homenaje a Heredia (el de Los Trofeos, que escribió en francés) al morir éste, cuando se dijo por alguien que era «un ilustre extranjero» como Albarrán o White, y que no había por qué de nacional sentimiento ante tales glorias, pues no nos pertenecían. Y sí, son NUESTROS esos grandes hombres que lucharon y se formaron acaso en un medio extraño, a veces hostil, y triunfaron, demostrando que tenemos calidad humana los de nuestra estirpe y nuestros lares. Y este sentimiento no ha de ser para envanecernos neciamente de nuestros antepasados sino para imitarlos y seguir sus huellas.

La vida de Emilio Martínez y Martínez fue una vida abundante y feraz, austera, acorde, en una perfecta consonancia de sus vivencias íntimas con su labor múltiple y ostensible.

/

No puede hablarse de facetas de su actividad. Hemos de considerar diversidad de actividades polarizadas por la unidad sólida de su voluntad, de su capacidad intelectual y de su nobleza de sentimientos afincados en la directriz moral de sus principios.

Bien sintetiza el Dr. Nicolás Puente Duany, al inicio de su trabajo «DR. EMILIO MARTINEZ Y MARTINEZ, Su Familia, Su Vida y Su Obra (1864-1948)», el cuadro de conjunto de sus precisos rasgos caracterológicos: «. . . un hombre extraordinariamente laborioso, dotado de un carácter disciplinado, de propósitos definidos, ajustado siempre a las normas de una moral elevada, y animado de un espíritu justiciero y humano».

Indudablemente era un hombre más bien seco, pero afable, cordial y generoso. Mucho se le asemejó su hijo y homónimo, el Dr. Emilio Martínez y Pérez Vento, de quien nuestro biografiado seguramente se sentiría orgulloso, también fallecido, y de quien guardamos siempre un agradecido y emocionado recuerdo.

Algo podría decirse, pero no es de nuestra capacidad e incumbencia, ni es ésta la ocasión propicia, sobre la génesis y el mecanismo psicológico de ciertos hombres rígidos y hasta ásperos a veces, corticalmente duros, hoscos a primera vista; pero de medular ternura, si bien apreciable solamente para algunos que supieron mirar a través de la superficie inmóvil, rispida, impenetrable en apariencia de su fisonomía y de algunos de sus actos, **y'** lograron ver el trasfondo límpido y poblado de ricos y variados elementos de solidaridad con el bien, la verdad y la belleza, y también de conmiseración, de amoroso auxilio y de perdón para los dolores y las debilidades de cuantos pobres humanos se debaten en la angustia y la desesperanza.

Cuando en el año 1952, en el mes de abril, publicamos en la Página de Flonor de la Revista Cubana de Otorrinolaringología el retrato del Dr. Emilio Martínez y Martínez, ajenos a que algún día habríamos de acometer la faena de hacer una biografía suya, dijimos a propósito de su robusto carácter, en nota frente a su retrato:

Enumerar sus méritos; enunciar sus títulos; loar su sapiencia, su laboriosidad y devoción científica; enjuiciar su trayectoria brillante, jalonada de hechos, cimentada en bases firmísimas y orientada por rectilíneos derroteros; valorar su significación señera en la Historia de la Medicina Cubana; ensalzar su personalidad en todos sus múltiples aspectos; referir y contrastar sus virtudes cardinales; esmaltar de anécdotas y de relatos vividos y definidores una descripción cabal y acabada de su larga y luminosa vida, sería objeto de una indagación minuciosa y paciente, y labor, en fin de tal envergadura **y'** **trascendencia**, que requeriría, más que un autor idóneo, la

confluencia de todos cuantos le trataron y le conocieron de verdad, que, amándole *ipso facto*, conservarán siempre su venerada memoria.

El profesor Don Claudio Basterrechea, el profesor José Gros —hijos espirituales suyos— aducen muy interesantes datos e informaciones directas, de inefable valor para la evocación de esta figura insigne; y quienes aprendimos a admirarle en la justa medida de sus grandes merecimientos, aunque le hayamos conocido y tratado en los últimos años de su vida —no menos fecundos que los de su más dinámica actividad profesional— recordaremos pasajes y ocasiones en que vimos fulgir sus cualidades salientes: capacidad de organización, sagacidad crítica y constancia infatigable. Y al rememorar sus palabras oportunas, certeras, inspiradoras de respeto y rezumantes de sobriedad, vemos también irisados de verdadera gloria los perfiles bien marcados y vigorosos de su espíritu viril y de su personalidad extraordinaria.

Emilio Martínez era un hombre exigente: primero, consigo mismo; y luego, con cuanto le concernía y cuantos dependían de su directa responsabilidad. Llamaba a las cosas por su nombre, valientemente, con la meditada seguridad de quien estaba en lo cierto al emitir sus juicios. Si bien, como humano, podía equivocarse, jamás error posible sería producto de la impremeditación, de la ligereza o del apasionado dejarse llevar por los prejuicios o las apariencias.

Pero veámosle a través del dilatado y móvil escenario en que transcurrió su vida larga y fructífera.

Como dijo el poeta: «Al hombre le hacen grandes sus acciones, no la patria ni el tiempo en que ha nacido». Pero es forzoso ubicarle en la época y el espacio en que vivió para justipreciar su calidad y su conducta.

En La Habana colonial, en San Cristóbal de La Habana, de la deslumbrante segunda mitad del siglo xrx, nació Emilio Martínez y Martínez el miércoles 13 de abril de 1864.

La capital trafagosa, de pésimas condiciones higiénicosanitarias, hervidero de pasiones políticas, bullente de intrigas de todo orden —por las ideas separatistas crecientes, de una parte, y los atropellos de la tiranía, por otra— es la residencia de la familia de Don Antonio Martínez. En la casa N.º 71 de la calle Consulado, adquirida por éste cuando contaba 32 años e iba a contraer matrimonio con la Srta. Celia Martínez Tejera, gozaban de una posición desahogada merced al trabajo como Corredor de Don Antonio.

Antes de dedicarse a esta profesión, Antonio Martínez había establecido un taller de encuadernación en que trabajó afanosamente y con gran capacidad en su arte, al regreso de New York, donde fue enviado por su padre

—militar español de carácter autoritario y despótico que trató con rigurosidad y dureza a los suyos— cuando contaba 16 años.

Había permanecido tres años en aquella ciudad. Aprendió el inglés y se perfeccionó en su oficio que no pudo llevarle adelante en su economía. Pero adquirió experiencia y conocimientos útiles. Viajó dos veces más a los Estados Unidos para acompañar a unas sobrinas al Colegio.

Estalla la guerra en 1868. Ocurren en la ciudad numerosos actos hostiles y atropellos de diversa índole. Se persigue a quienes se manifiestan o se hacen sospechosos como simpatizadores de la causa independentista.

Llega el mes de septiembre de 1869. El matrimonio de los Martínez tiene seis hijos, de los cuales, el quinto, Emilio, nuestro biografiado, ha cumplido ya cinco años.

Presionado por la adversidad del ambiente político de la colonia, Don Antonio Martínez emigra con los suyos, y la familia se instala en Baltimore, después de tres meses en New York.

En un próspero negocio de importación de tabaco que, en unión de su hermano Francisco, emprende Martínez al año de su estancia en Norteamérica, obtiene un bienestar económico que le permite dar a sus hijos una educación óptima en los mejores planteles, y alojar u orientar a los amigos y compatriotas que ya como refugiados o como turistas llegaban a su hogar de Baltimore.

Aquí transcurre la niñez plácida y feliz de Emilio Martínez. Epoca ésta de su infancia de gratos e imperecederos recuerdos, según las anotaciones en el diario íntimo que llevó durante su vida.

Tres hembras y un varón mayores que Emilio, y dos varones más menores que éste, nacido el más pequeño en tierra norteamericana, recibieron allí en Baltimore, Maryland, la enseñanza impartida en diversas escuelas y colegios, ya públicos o privados. Tuvieron pues, con las diferencias de edades y condiciones, varones y hembras, una formación inicial esmerada y correspondiente a la época y localidad.

Es indudable que la educación, el ambiente familiar, el ejemplo de los progenitores, las ideas prevalecientes en el medio social en que se vive, y, sobre todo, o más bien como base, el factor económico —tanto el general del país o región, como el particular del estrato o grupo en que se nace— influyen poderosamente sobre la hechura, los rumbos y las metas en las vidas humanas. Sin afirmar por esto, como Helvecio, que el genio sea un producto de la educación y no un don de la naturaleza; ni rechazar la intervención de la herencia individual fundándose en el empirismo de «la tabla rasa» o «la hoja blanca» de los espíritus.

Así, vemos cómo la enseñanza primaria y las nociones recibidas por Emilio Martínez en las escuelas norteamericanas, (1870-1875), imprimieron trazos firmes y normas definidas en su adolescencia que orientaron rectamente su vida. Aprendió, según él mismo ha dicho, el inglés primero que el español; y adquirió una pronunciación inglesa perfectísima que conservó siempre.

Cuando estudiaba el último curso en el Grammar School, a los once años, ocurre la muerte de su padre. Su señora madre, Doña Celia Martínez, viuda con siete hijos y en estado de gestación de su última hija, tras de algunos meses en que las condiciones económicas de la familia sufren un marcado cambio con la muerte del esposo, decide retornar a La Habana.

Tres de sus hijos quedaron terminando su educación en Norteamérica, junto a su tío Aristides. La hija mayor y Emilio con los dos más pequeños están ya en tierra cubana. La madre afronta triunfalmente, ayudada por sus hijas Elvira y Julia, las dos mayores, la dura faena de llevar adelante a los pequeños. La última, nacida en los meses primeros del regreso, murió antes de cumplir el año.

Emilio era fuerte y saludable, en contraste con los dos que le seguían en edad, débiles y enfermizos.

Reanuda Emilio en La Habana, su ciudad natal, los interrumpidos estudios. Como refiere en su citado Diario, tuvo que repetir en español el estudio de materias ya cursadas en inglés, y apreció el carácter eminentemente práctico de los norteamericanos. Dice, comparando ambos sistemas: «En las escuelas de Cuba se confiaba más a la memoria que a la inteligencia. La Geografía, por ejemplo, la había estudiado allá, dibujando mapas — al principio copiando el texto y después con mapas mudos— calculando las distancias por los grados de longitud y latitud; lo cual me daba conocimientos más sólidos que estudiar de memoria. Cuando refería esto a mis compañeros de Cuba, les gustaba el método por el que yo había estudiado».

Terminó la primera enseñanza en el Colegio Politécnico. Cursó el primer año de Bachillerato en el de San Anacleto. Se gradúa de Bachiller, con notas de sobresaliente en todos los años y en el grado, tras de haber cursado los tres últimos en el colegio San Francisco de Paula, en 1882.

En este mismo año se matricula en la Escuela de Medicina de nuestra Universidad. El curso era bastante numeroso: 148 alumnos.

Martínez, además de estudiante sobresaliente y entusiasta, era presto a salvar obstáculos. No quería ser gravoso a su familia, y resuelve trabajar para costear sus estudios. Da clases de inglés en un colegio de niñas. Es jefe de laboratorio del colegio San Francisco de Paula, donde había cursado la

segunda enseñanza. Deja luego estos empleos que le sustraen demasiado tiempo, y da clases por horas y hace traducciones del inglés.

Carente de los recursos necesarios para comprar libros de texto y de consulta, decide estudiar taquígrafía para poder tomar notas de las conferencias y clases.

Fue brillante su carrera universitaria: casi todas las asignaturas con sobresaliente. Numerosos premios y menciones honoríficas. Práctica de hospital amplia y suficiente, desde el primer año, en que ingresa como «mochila» honorario del Dr. Vicente de la Guardia, hasta el quinto y sexto —los dos últimos— transcurridos en el entonces nuevo hospital Nuestra Señora de las Mercedes, los más interesantes y útiles, según su propio decir, en su formación medicoquirúrgica.

En 1887 obtiene la licenciatura en Medicina y Cirugía con premio extraordinario. Al año siguiente, el título de Doctor, con la tesis sobre «Ictero grave primitivo, su curabilidad», también premiada.

Abandona las aulas universitarias, y se lanza al ejercicio libre de la Medicina, con un caudal de sólidos conocimientos y el espíritu animoso y emprendedor, alerta siempre, sin altibajos, que manifestó hasta los últimos instantes de su vida.

Una vida diáfana, intensa, desde todo punto de vista; y cuyos conocimientos y descripción, en cualquiera de sus etapas, son fácilmente asequibles. Es decir, una biografía directa y sin necesidad de indagaciones complejas.

Bástanos, para una información cabal, leer su explícito y valioso Diario; y contemplar e inventariar sus actividades incesantes, ricas en hechos concretos y plasmadas en conquistas y realizaciones bien visibles. También, como complemento, escuchar a sus íntimos y contemporáneos, concurrentes a delinear su figura, tallada en una humanidad inspiradora de respeto y admiración en su conducta y aun en lo externo de su atuendo, sus ademanes y sus gestos.

Su juventud fue la de un estudiante modelo, que cumplía el clásico aforismo latino «Mens sana in corpore sano». Continuaba siendo fuerte y vigoroso, con la misma excelente salud que disfrutó durante su niñez en Baltimore. Hacia «cultura física» —ya que entonces no estaban tan en boga los deportes— en el Gimnasio Habana, punto de reunión de los jóvenes con aficiones atléticas en aquellos días.

Solía enorgullecerse de sus *records* en el levantamiento de pesas, así como de su autosuficiencia para costearse los estudios con su propio esfuerzo.

Enjuiciaba con crítica serena, tan profunda como acuciosa, a profesores, materias, compañeros y circunstancias. Analizaba y valoraba con severo y estricto sentido de la justicia, si bien con benevolencia y cuidadosa atención para no caer en lo que Aristóteles señala como la injusticia mayor: tratar igual a cosas desiguales.

El cumplimiento del deber era una necesidad imperiosa de su clara y recta conciencia. Y mostraba siempre una decidida y ferviente vocación por el ejercicio profesional, por la investigación y por la enseñanza.

Es curioso señalar el dato de una «laguna» que decía tener en su cultura general, por la deficiente enseñanza que recibió —muy propia de la época en la colonia— tocante al estudio de la Historia: Un profesor de «copias» —como los que se han padecido todavía en épocas republicanas recientes— fue el responsable de lo que él llama «borrón» en sus conocimientos.

Asimiló ávidamente y puso en práctica las enseñanzas objetivas y standardizadas en bellísimos y excelentemente trazados paradigmas de las escuelas estadounidenses. Enseñanzas bien inspiradas y de nobles propósitos, asimiladas, es verdad, por muchos hombres honestos de su hechura y de su temple, de ayer y de hoy; pero que, me atrevo a decir recordando a Ramón y Cajal: Son burladas por muchos norteamericanos de ahora y de entonces, —de los que las enuncian y de los que las reciben— que, adulterados por la morbosa adaptación al capital, son una mezcla extraña de civilización y de barbarie. Proclaman pensar y sentir como cristianos, y tal enseñanza teórica fingen dar en libros y folletos para la publicidad; y obran en la práctica, peor que un ciudadano de las aristocráticas e inhumanas repúblicas antiguas, cuando no llegan a extremos dignos de las hordas de Atila.

Emilio Martínez, además de sus condiciones y facultades innatas, supo aprender e incorporar a su naturaleza las normas sabias y generosas de los hombres honestos y dignos entre los compatriotas de Washington y Lincoln.

Lleva apenas un año de graduado cuando hace su ingreso en la Sociedad de Estudios Clínicos, cuya antigüedad corre parejas con su prestigio. Pronto ocupa la jefatura de redacción de la Revista de Ciencias Médicas donde produce y publica artículos varios de casuística e investigación, y realiza también interesantes reportajes de comunicaciones y conferencias en diversas sociedades científicas.

No sólo por su perfecto dominio del idioma inglés, sino por su preparación médica, su capacidad de investigador y sus conocimientos especiales sobre laboratorio y enfermedades infecciosas, fue seleccionado como auxiliar y colaborador del Dr. Jorge Stenberg, comandante médico del ejército de

los Estados Unidos, jefe de la comisión designada por su Gobierno para investigar y estudiar en Cuba el gravísimo problema de la fiebre amarilla.

Aunque los trabajos de esta comisión norteamericana no culminaron en buen éxito; pues la verdad no estaba en esa vía sino en el genial descubrimiento ya enunciado por nuestro glorioso Carlos Finlay respecto al modo de transmisión y el papel del mosquito en el terrible mal; la ocasión de sus relaciones con Stemberg fue beneficiosa para el joven y estudioso médico cubano Emilio Martínez, que durante seis meses trabajó en las investigaciones bacteriológicas y anatomopatológicas realizadas en nuestra tierra.

Stemberg, que supo apreciar las cualidades y méritos de su auxiliar, decidió llevarlo consigo al hospital John Hopkins, de Baltimore, para continuar en sus laboratorios los trabajos iniciados.

Vuelve pues, Martínez a donde transcurrió su infancia. Seguramente evocó los días jubilosos en que su espíritu se abrió a multitud de experiencias.

Aprovecha su estancia en John Hopkins para hacer su tesis de grado en su ya famosa Universidad. Pasa triunfalmente la difícil prueba. Y ocurre algo de gran transcendencia en su vida profesional y para la Medicina en Cuba:

Conoce al profesor Mac Kenzie, el ilustre laringólogo, e inicia junto a éste su estudio y apasionada dedicación a la especialidad de tan notable maestro, en los días que comienza a tomar auge la Otorrinolaringología a impulsos de figuras de internacional relieve en ambos continentes. Era una época en que, como dice Douglas Guthrie —el otolaringólogo eminente y sabio historiador de la Medicina— la especialidad era virtualmente una rama de la Cirugía y sus exponentes competían entre sí ideando operaciones e inventando instrumentos.

Martínez cobró un amor creciente a su dedicación en que le aguardaban positivos triunfos. Su atinada observación en los albores de cada jalón o descubrimiento científico lo llevó a decir: « . . . la circunstancia de haber ejercido la medicina en la última mitad del siglo xix y durante la primera mitad del xx, me ha dado la oportunidad de enjuiciar las dos etapas y poder ser juez imparcial entre ambos períodos, de apreciar los beneficios aportados y los progresos realizados —porque he sido actor en ambos— y garantizar así la verdad de los hechos».

Regresa a Cuba en 1891 y obtiene por oposición una plaza de médico municipal. Adquiere en este trabajo una gran experiencia y tiene ocasión de aplicar tanto sus conocimientos generales como los de su especialidad favorita.

La Junta de Patronos del Hospital Mercedes le nombra jefe de su laboratorio clínico, otra de sus dedicaciones en que desarrollaba su amor a la investigación.

En una y otra tuvo ocasiones de alcanzar prioridades: reportó en la Revista de Ciencias Médicas el primer caso de Difteria curado con el suero antidiftérico de Behring. Vio por vez primera en Cuba el plasmodium o parásito del glóbulo rojo causante del Paludismo; y difundió el método de diagnóstico, que aprendió prácticamente del Dr. Stemberg, y publicó también un artículo al respecto.

En el libro «Nuestros Médicos», de Escobar (1893), en la nota referente a Martínez, además de señalar características, posiciones y hechos a que ya nos hemos referido, apunta un dato de interés que corrobora cuanto dijimos de su gran sentido de responsabilidad: «Sus certificados en las Casas de Socorros le acreditan bajo el punto de vista medicolegal y de la precisión en el diagnóstico: vale mucho».

¡Qué bien concuerda con su actuación de Maestro, no sólo dando normas y consejos sino trazando sendas con el ejemplo!

Cuando los graduados del 18 le pidieron unas palabras para su álbum, Martínez — verdadero Maestro— las redactó así: «Mis alumnos me piden unas palabras de despedida y yo gustoso les daré una sola: EFICIENCIA». No podemos dejar de recordar, al leer esta síntesis máxima en un vocablo, a otra figura excelsa del magisterio médico, a Sir William Osler, tan gloriosamente ligado también al Hospital y Universidad de John Hopkins, que dijo su famosa Aequanimitas o ECUANIMIDAD.

Martínez explicó la suya de este modo: «Hacer bien una cosa, es EFICIENCIA. Y si en todos nuestros actos profesionales procuramos concentrar nuestros mayores esfuerzos, la habremos realizado. Ello no consiste en llenar aparentemente nuestro cometido. No es visitar a un enfermo por el solo acto de presencia y salir del paso con una receta que cubra las formas. No es el entrar y salir de la oficina a la hora oficial, ni cumplir una comisión con un informe rutinario. Para ser EFICIENTE, no tenemos otro fiscal que la conciencia propia, que debe quedar plenamente satisfecha, convencida de que nada mejor pudiéramos haber hecho . »

Ajustada a esta preciosa y precisa línea de conducta fue la vida profesional de Emilio Martínez.

En 1893 contrae matrimonio con Carolina Pérez Vento y Nin, de familia cubana que residió en España durante algún tiempo: primero durante la educación de Carolina en el Sagrado Corazón, de Madrid; y luego,

casada ya ésta, al retirarse su padre definitivamente a vivir allá donde había pasado su juventud.

La esposa de Martínez tuvo, desde niña, ferviente vocación por la pintura. Había estudiado en San Alejandro y continuó dedicando a su labor artística el tiempo libre que sus deberes familiares le dejaban.

Tenían dos hijos, Carlos y Adriana, cuando estalló la guerra del 95. Emigraron a los Estados Unidos y vivieron durante tres años en la ciudad de New York, donde nace su tercer hijo, Emilio, el 5 de mayo de 1897.

El último lustro del pasado siglo fue accidentado para el joven matrimonio: como médico del puerto de La Habana (inspector del Marine Hospital Service del gobierno norteamericano) documentos, cartas y mensajes diversos eran intercambiados por la Junta Revolucionaria y elementos insurrectos a través de Martínez. Este y su hermano Antonio que servían a la causa en distintas actividades se vieron gravemente comprometidos y hubieron de emigrar. En el exilio Martínez, además de revalidar su título en el Estado de New York y de ejercer un tanto la profesión entre los miembros de la colonia latina, tiene ocasión de estudiar y practicar en algunos hospitales. Su salud sufre algunos embates y se le presenta una lesión ósea tuberculosa en la región esternocostal. El antecedente, distante, fue una afección pulmonar de forma hemoptoica, que se mantuvo sin evolución aparente desde recién graduado, y a la que, por su habitual fortaleza física, no dio importancia. Tratábase de una tuberculosis pulmonar crónica, muy benigna.

Ya en Cuba se vio precisado a dejar sus actividades y someterse a tratamiento. El Dr. Varela Zequeira hubo de intervenirlo. Fue a España a instancias de la familia de su esposa. Allí le asistió el Dr. Florentino Castro, cirujano de renombre que le practicaba, no obstante, curaciones bastante primitivas y sin los más elementales cuidados de asepsia y antisepsia. Pasó a París donde le operó el ilustre y famoso compatriota, Maestro ya de internacional prestigio y profesor de la Sorbonne, Joaquín Albarrán. Convaleció en las montañas de Galicia; y curado al cabo, regresó a la patria.

Aquí, su esposa dio a luz, en 1903 y 1904, respectivamente, a sus dos menores hijos, Sergio y Rogelio.

En 1900 comienza su labor como profesor universitario. Ingresa en el Claustro de la Universidad de La Habana, por oposición, como profesor auxiliar de Microscopía, Química Clínica y Patología Médica. La falta de texto de Laboratorio Clínico le lleva a producir, en colaboración con el Prof. Leonel Plasencia, el que fue libro oficial de esta materia durante mucho tiempo.

La especialidad de Otorrinolaringología, en la que triunfaba Martínez en su ejercicio asistencial —como hoy diríamos— no le era dado cultivarla en el aspecto docente. Dio, después de gestiones al efecto, algunos cursos complementarios de la materia. En 1906, fue nombrado en la cátedra de Patología Médica por ascenso en el escalafón al renunciar Diego Tamayo, y profesor interino de Otorrinolaringología por decreto del gobernador provisional de la Isla.

Ya para esta fecha sus progresos en capacidad, nombre y fama en esta disciplina a la que aportaba sus conocimientos crecientes y su tesón invariable, eran múltiples y notorios:

En 1902, introduce en Cuba la técnica de intubación laríngea para el tratamiento de la difteria. Había ido expresamente a tomar un curso práctico a la Morge de New York para adquirir la habilidad en su empleo. Trajo consigo el instrumental completo necesario para aplicar el procedimiento, que realizó con el mejor éxito en sus pacientes privados y del hospital.

Cuando se dan a conocer en la prensa médica los trabajos del Dr. Sir, en Londres, sobre la resección del cáncer de las cuerdas vocales por la Tirotomía, marcha a Inglaterra y asiste a la clínica privada de Sir para el aprendizaje y dominio de la técnica. Al llegar a La Habana practicó las primeras con resultados excelentes y divulgó el procedimiento, de elección, para la cura del cáncer limitado a las cuerdas vocales. (Cordectomía trans- tiroidea).

Visita al profesor Gluck en su clínica de Berlín, al saber que se inicia con algún resultado favorable la Laringectomía; luego al Dr. Tapia, el famoso laringólogo español, que mejora notablemente los resultados, mediante el empleo de la anestesia local, en su clínica de Madrid. Y en 1923 practica Martínez en Cuba la primera laringectomía con anestesia local, siguiendo la técnica de Gluck-Tapia, y sin los graves riesgos a que la anestesia general —usada hasta el momento con exclusividad— exponía a los pacientes en este tipo de intervención.

Con una comunicación, de altos quilates científicos, en relación con esta experiencia, hace su ingreso en la Academia de Ciencias Médicas de La Habana. «La Anestesia Local en la Cirugía Laríngea» era el título de su trabajo.

Emilio Martínez y Martínez, fue, ante todo, la máxima y primera figura de la Otorrinolaringología y de su enseñanza en nuestra patria. Ha sido el Maestro y el Pionero. El primer profesor de esa cátedra, creada por

sus gestiones y esfuerzos, en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, y ocupada por oposición, en 1919.

Algunos otros, como Desvernine en la investigación (que publicó un interesante trabajo respecto a la inervación motriz de la laringe y del velo del paladar) y Montané — el sabio antropólogo— que atendía casos de Otología en su clientela, acaso figuren como especialistas en referencias o recuerdos; pero es Emilio Martínez a quien es de rigor y necesario citar, en todo momento, como propulsor y punto de partida en cuanto a la historia y desarrollo de la Otorrinolaringología en Cuba.

Otras dos disciplinas —que no llamaremos colaterales porque alcanzó en ellas elevada altura, si bien fueron vía o consecuencia de su dedicación principal— ocuparon su fructífera y frutiva actividad: Epidemiología y la lucha contra el Cáncer.

Al decir Epidemiología —término hoy en boga— incluimos, claro está, Laboratorio (Microscopía y Química Clínica) enfermedades infecciosas y parasitarias, etc., que antaño se denominaban en parte como labores del Sanitario Higienista.

Poseía para esto una sólida base de bacteriología y anatomía patológica. En cuantos trabajos publicó de estas materias se advierte su dominio de los temas, la vastedad y profundidad de sus conocimientos al respecto y su gran sentido práctico.

Su dedicación a la cancerología y a la lucha contra el cáncer en sus diversos aspectos durante los últimos 25 años de su vida, es de una ingente envergadura y de una transcendencia extraordinaria.

Como apunta José de la Luz León, en su estudio biográfico de Betances, para destacar algunos pasajes interesantes de una biografía es preciso conocer la totalidad de los aspectos del biografado, a fin de cotejar y seleccionar luego los que a nuestro juicio fuesen más determinantes. Hemos de intentarlo.

Así pues, tomaremos datos, muy valiosos, de la «Oración Guiteras», pronunciada por el Dr. Luis Ortega Verdés, el 5 de enero de 1960, en homenaje a la memoria del Dr. Emilio Martínez y Martínez, como figura ilustre de la Sanidad y como funcionario. Con celosa fidelidad histórica, Ortega sintetiza la significación de Martínez como sanitario e higienista.

En cuanto a su actividad con relación al Cáncer, con amplitud de detalles lo refiere Puente Duany en su ya citado trabajo sobre la personalidad que nos ocupa.

Enumeraremos pues, tomados de tales fuentes, algunas de las labores y hechos principales en la vida de Emilio Martínez y en las varias disciplinas que ocuparon su ingente e ininterrumpido trabajar.

En todas épocas ha habido médicos de grande actividad y fecunda experiencia en diversas ramas de la práctica medicoquirúrgica que han sido remisos o poco dados a publicar sus observaciones, por egoísmo o apatía imperdonables.

Emilio Martínez, con el ánimo emprendedor que mostró desde estudiante, mantuvo siempre espíritu investigador y de publicista.

Es copiosa su producción: en la ya citada Revista de Ciencias Médicas, publicada hasta 1896; más tarde en los Archivos de la Policlínica y en la Revista de Medicina Tropical, dirigida por Guiteras, y en que fue jefe de Redacción Emilio Martínez.

En la cátedra de Otorrinolaringología —llamada «Enfermedades de la Laringe, Oídos y Fosas Nasales»— que ocupó por oposición en 1919, permaneció Martínez solamente cuatro años. Fue Decano de la Facultad, y, en 1923, a los 59 años de edad, renuncia a la cátedra y se acoge a la jubilación como profesor universitario. El Claustro le designó por unanimidad Profesor Honorario de la cátedra renunciada, como testimonio y en honor de lo que su paso y sus servicios en ella significaron.

La génesis de su dedicación ferviente e integral a la campaña contra el cáncer no puede expresarse mejor que transcribiendo un párrafo al respecto del trabajo de Puente Duany:

«Cuando abandonó su cátedra universitaria y la consulta privada, se encontró repentinamente sin nada en que emplear el tiempo. Este nuevo estado, sin transición previa, era demasiado violento para un espíritu tan activo y batallador como el suyo; no podía resistir la quietud a donde él mismo se había colocado. Fue éste uno de los motivos para que buscara una nueva ocupación donde entretenerse y poder dedicar parte de esa energía en exceso que se acumulaba constitucionalmente en él. La Cancerología era un sector de la medicina que le había interesado mucho, desde que ejercía su especialidad y cátedra de Garganta. La frecuencia de los cánceres bucofaríngeos le había proporcionado una gran experiencia sobre estas localizaciones, y siempre le había decepcionado los pocos medios que se tenían para combatir tan terrible enfermedad».

Los resultados halagüeños que comienzan a obtenerse, precisamente por estos años, con la aplicación del radium y la roentgenterapia en el tratamiento del mal, le entusiasman e impulsan a interesarse intensamente en ello.

Si grandes fueron la iniciativa y la excepcional eficacia alcanzada en sus días de profesor universitario, no fueron menores las que desarrolló como fundador de la Liga contra el Cáncer; creador del Instituto del Cáncer inaugurado en 1929, que dirigió y mantuvo en tan elevado nivel científico y organizativo hasta poco tiempo antes de su muerte; iniciador y Director del Boletín Científico, que continuó publicándose después de su deceso; propulsor y estímulo, con sus sabios consejos y orientaciones, de la dedicación asidua e intensa de algunos médicos jóvenes y estudiosos a las distintas ramas de la Cancerología.

Alcanzó honores y preeminencias. Si bien no siempre los hombres condecorados son los de verdadero mérito, ni los premios y el aplauso se otorgan en todo tiempo y lugar a los mejores; hay hombres que no necesitan lauros oficiales porque tienen el acatamiento unánime de los contemporáneos y de la posteridad ante su ejecutoria patente. Y otros para quienes las distinciones y medallas, galardones y títulos de honor, no son más que la confirmación, mediante el reconocimiento público, de sus triunfos legítimos evidentes.

Tal era el caso de Emilio Martínez. Compañeros, discípulos, amigos, pacientes del Hospital y de la clientela privada, colaboradores y subalternos, y hasta adversarios —si alguno tuvo— habían de reconocer su calidad humana y científica del hombre excepcional.

Representó a Cuba en el Congreso Internacional de Otorrinolaringología de París en 1922. Fue nombrado Socio de mérito de la Sociedad Norteamericana de O.R.L. en 1923. El Board de Norteamérica de la especialidad, sin previo examen, le dio el título de laringólogo en 1925.

Pero más alto que todo esto, y mucho más que pondría citarse, hablan de Martínez como Maestro: el Servicio que fundó adjunto a la cátedra, en el Hospital «Calixto García», para la enseñanza práctica, atendiendo a enfermos de la especialidad, pabellón que lleva su nombre; la revisión de sus trabajos publicados, y, sobre todo, la creación de una escuela de especialistas que surge en su cátedra siguiendo sus enseñanzas y su ejemplo.

A lo largo de 45 años de República mediatizada que padecemos, entre la multitud de gobernantes y funcionarios venales, vanidosos e ineptos, hubo algunos hombres de buena voluntad que no siempre actuaban por amiguismos y politiquerías; tales excepciones reconocían y valoraban con sentido de justicia, y para aprovechar en beneficio colectivo su labor y su consejo, a los verdaderos sabios; trabajadores de capacidad magnífica y de honestidad absoluta como el Dr. Emilio Martínez y Martínez.

A éste había que oírle y acceder a sus peticiones bien estudiadas y de utilidad pública positiva y manifiesta.

Así obtuvo en 1902, el crédito necesario para dotar al Hospital Mercedes de un Laboratorio Clínico, eficaz y digno de su cátedra de Microscopía, Química Clínica y Patología Médica, y del cual fue su primer Jefe.

Tras de prolongadas gestiones, logró al cabo establecer la Enseñanza de la Otorrinolaringología mediante la creación de la cátedra y el Servicio adjunto, a que nos hemos referido, en 1919.

Y vio convertido en realidad el edificio del Instituto del Cáncer; merced a su labor de organización, puesto en marcha de tal suerte que mereció, en 1935, la aprobación del Colegio de Cirujanos Americanos, por estar a la altura exigida por esta entidad para establecimientos hospitalarios.

El profesor Marañés, de Madrid, cuando lo visitó en compañía nuestra —a los pocos años de fallecido Martínez— quedó gratamente impresionado por la admirable organización y escribió una nota en el Libro de Visitantes que es un homenaje postumo a la memoria de quien fue el alma de esa prestigiosa Institución.

Ningún hospital de Cuba había alcanzado hasta ese momento el Visto Bueno del American College. Ningún Director de Hospital ha tenido una dedicación integral de su tiempo y un amoroso cuidado a su establecimiento curativo, mayores que los de Martínez por el Instituto del Cáncer.

Hemos de recordar un hecho: En una de las huelgas médicas —no precisaremos fecha ni otras circunstancias— en horas de la mañana, el Instituto del Cáncer se hallaba sin médicos y sin empleados ni personal auxiliar. . . No se había servido el desayuno a los enfermos. La leche y el pan no se situaron en el lugar de costumbre.

El Director del Instituto, doctor Emilio Martínez, personalmente fue a la cocina central del Hospital «Calixto García», en cuyo territorio se encontraba ubicado el Instituto, y llevó el pan e hizo acarrear por un soldado que cuidaba el orden las botijas de leche. Los enfermos desayunaron. Todos los casos hospitalizados que requerían ser curados, lo fueron, durante varias horas, por el propio Director. . . Huelga todo comentario.

En la lucha contra el Cáncer, desplegó sus planes bien elaborados centrando la atención en puntos claves: el diagnóstico precoz, para lo cual se requería la divulgación científica de los síntomas y pródromos de las lesiones incipientes en las distintas localizaciones, y detectables en la práctica de las distintas especialidades; la divulgación adecuada y bien dirigida al público profano para hacerle acudir pronta, temprana y oportunamente al médico ante la aparición de determinados trastornos o signos apreciables; disponer

de los fondos necesarios para incrementar los medios de diagnóstico y tratamiento más eficaces.

Escribió numerosos artículos con tales propósitos, dio a conocer las estadísticas e hizo circular profusamente el Boletín de la Liga contra el Cáncer que fundó en enero de 1926; editó en colaboración con otros compañeros de diversas especialidades un libro pequeño, manuable y útil: «Diagnóstico precoz del cáncer»; luchó denodadamente por el establecimiento de centros anticancerosos a nivel de provincias; fomentó las jornadas cancerológicas y visitas de intercambio; intentó hacer obligatoria la enseñanza, de un curso al menos, de Cancerología en los últimos años de la carrera; consiguió que se hiciera obligatoria la declaración de los casos de cáncer, con fines estadísticos de consecuente utilidad, ya en 1928; mas no logró que la Universidad de La Habana incluyera la Cancerología en el curriculum de estudios de la Facultad de Medicina. Escribió al respecto un artículo titulado «Hacen Falta Hombres» en que demanda con vehemencia la formación urgente de médicos cancerólogos.

Martínez colaboró, por su condición de Epidemiólogo —o de Sanitario e Higienista como solía decirse—, con Guiteras y Enrique Núñez, cuando éstos ocuparon la Secretaría de Sanidad del Gobierno de la República. Fue Director de Sanidad con el primero y tuvo a su cargo la campaña para combatir una epidemia de viruela con brotes en distintos lugares de la Isla, controlada con las medidas pertinentes. Actuó con el segundo durante la epidemia de Peste Bubónica. En la Junta Nacional de Sanidad de que formó parte mantuvo sus opiniones de rectitud inflexible. De igual modo se produjo al ocupar la Secretaría de Sanidad de la República en 1936.

Estuvo entre los fundadores de la Federación Médica de Cuba, donde cristalizaron ideales largo tiempo acariciados y se iniciaron las movidas y enconadas luchas en defensa de los intereses de la clase. También entre los fundadores del Círculo Médico. En todo tiempo se utilizó su consejo y aptitud de organizador para numerosas instituciones. Ya en 1901 participó muy principalmente en la creación y estructuración de la Escuela de Enfermeras, de la que fue profesor así como asesor de sus dirigentes.

Fue, en todas sus faenas, ordenado, metódico, madrugador.

Conocimos al doctor Martínez en la última etapa de su gloriosa vida, cuando era Director del Instituto del Cáncer. Hablamos con él en diversas ocasiones: una vez, sobre un caso de estenosis laríngea en una niña de pocos meses por nevus vascular. Fue en la casa y consulta de su hijo Emilio (Emilio Martínez y Pérez Vento) de quien éramos, por aquellos días, ayudante y discípulo.

Parecerá trivial recordarlo por lo intrascendente del hecho; pero no lo es para nosotros que estimábamos entonces mucho poder escucharle, como hoy recordar sus palabras.

En la mañana de un domingo, le visitamos en compañía de uno de sus más caros y valiosos discípulos, nuestro Maestro también: Don Claudio Basterrechea, quien tuvo siempre un devoto cariño por Martínez y le recuerda constantemente con filial sentimiento. Fue en la Dirección del Instituto del Cáncer, una de aquellas serenas mañanas dominicales en que el Profesor Basterrechea solía visitarle. Hizo breves comentarios, casi tajantes, a diversos temas.

Era, en verdad, una figura que infundía respeto; y en quietud o movimiento, silencioso o hablando, de rectitud impresionante. Encarnaba el sentido cabal del deber y de la justicia.

Y a la vez era un hombre sociable, sin efusiones; de gentil caballerosidad, sin empalagosas actitudes; con la corrección estricta en todo momento, y aquella exquisita cortesía finisecular para con las damas, que acusaba en frases y maneras el más sobrio y genuino señorío.

Recordamos al respecto, con qué amable y sencilla prestancia acompañó hasta los automóviles, bajo la lluvia, paraguas en mano, a las esposas de los compañeros y discípulos que acudimos a su hogar de la calle 15 esquina a H, en el Vedado, para congratularle, cuando celebraba sus cincuenta años de graduado.

A la sazón, había sido nombrado Presidente de Honor de la Sociedad Cubana de Otolaringología, presidida por el doctor José Gros —otro de sus más destacados discípulos— y de la que éramos entonces Secretario.

Era el año 1937. El VII Congreso Médico Panamericano que tuvo lugar en La Habana, en los mismos días de su fiesta jubilar, le honró con la Presidencia de la Sección de Cancerología.

Durante casi una década más, siguió laborando con invariable ahinco, dando su benéfico influjo en torno y acumulando timbres de gloria del más legítimo brillo en su órbita ejemplar.

En la mañana del 8 de diciembre de 1948, por vez primera no se levanta con el alba, y le dice a su esposa que no irá ese día al Instituto del Cáncer... Desde ese día, con más de 84 años de edad, no ha de volver físicamente a su Instituto. Pero quedará allí su huella y su recuerdo indeleble. En ese 8 de diciembre terminó la vida terrena de uno de los verdaderos Maestros de la Medicina en Cuba. Pero su nombre, grabado en la Historia, y su vida, marcando rumbos a la juventud médica del futuro, tienen el perenne brillo de la inmortalidad.

En ocasiones con detalles nimios, y a veces sin pormenores acaso esenciales, hemos intentado referir —huyendo del rigor cronológico y eludiendo la separación en capítulos estancos de fases y puntos de vista— hechos, trazos y pasajes de la vida abundante y profunda de Emilio Martínez.

No habremos podido retratarle fielmente. Pero sí evocamos con profunda emoción —y tratamos de comunicarlo en simples palabras— a quien fue un recio y verdadero CHARACTER; y terminamos esta incursión en su biografía, con la certeza, como dijera el filósofo, de que «a los varones óptimos nunca es posible alabarlos dignamente.»

